

LA III ASAMBLEA GENERAL DEL INSTITUTO PANAMERICANO DE GEOGRAFIA E HISTORIA.

En el curso del mes de abril próximo pasado, se llevó a cabo en esta ciudad, la Tercera Asamblea del Instituto Panamericano de Geografía e Historia. A este congreso científico internacional concurren brillantes delegaciones de las 21 Repúblicas Americanas, que realizaron una proficua labor, habiéndose llegado a aprobar 54 resoluciones, lo que revela la cantidad de trabajo realizado y el pleno éxito que ha tenido este notable certamen científico.

Publicamos a continuación el discurso de orden pronunciado por nuestro Decano, el Dr. Horacio H. Urteaga, Presidente de la Delegación del Perú, en la ceremonia de inauguración del certamen.

Señor Presidente de la República;
Señores Ministros de Estado;
Señores Delegados;
Señoras y señores:

El Perú se congratula de la celebración, en la capital de la República, de este magno certamen en que el Instituto Panamericano de Geografía e Historia realiza uno de sus más elevados y nobles fines.

Creado el Instituto Panamericano de Geografía e Historia con el concurso de las Naciones de América e instalado en México desde 1912, ha celebrado tres Asambleas; una preliminar que señaló su fundación y dos generales con toda la majestad de Asambleas Panamericanas; teniendo estas últimas por sedes las ciudades de Washington en los Estados Unidos y Río de Janeiro en el Brasil. Lima, la capital del Perú, fué elegida para ser sede de la tercera. El certamen que pudo haberse realizado hace tres años, se aplazó hasta 1941 y hoy bajo los auspicios del gobierno que preside el doctor Manuel Prado nos congregamos para continuar esta labor académica. El mandatario peruano con entusiasmo proporcionado a la magni-

tud de los propósitos del Instituto y con celo digno de su investidura de maestro de una de las más ilustres Universidades, ha estimulado las labores de la Comisión Organizadora del Certamen hasta conseguir que aquí se hallen dignamente representadas, por intermedio de escogidos valores científicos, todas las repúblicas del Continente.

El estudio intensivo de las dos ciencias Geografía e Historia comprende la totalidad de la vida humana, la naturaleza y sus influencia sobre el hombre; éste realizando acciones que lo superan, poniendo su inteligencia en la dominación del medio y su voluntad en los acontecimientos memorables de la existencia colectiva.

Todo el secreto de la vida y el afán de la ciencia se circunscriben en los dominios de esas dos disciplinas matrices, y no son sino sus proyecciones, en la propagación del conocimiento, la biología que estudia desde el infusorio al hombre, la astronomía que avanza en el escudriñamiento de la génesis universal, desde la sustancia cósmica a la trinidad de los reinos naturales, y la física que averigua el origen y resultado de la fuerza que, en su infinito equilibrio impone la relatividad de causas y efectos.

La predicción del porvenir constituye una ambición no menos intensa. ¿Llegará el hombre a descubrir la ley que rige el proceso de la vida colectiva? El estudio de la muerte nos hace conocer las leyes de la vida y esa influencia de la anatomía, sobre la medicina, ya nos señala un procedimiento y nos marca un método. En este estímulo de la ciencia para valorar y analizar las fuentes de todo conocimiento, en la esperanza que nos asiste de conocer las leyes sociales que marquen el porvenir, radica precisamente el mérito de la historia, no tanto como escuela moral y fuente de una ética ejemplarizadora, según rezaba el aforismo latino, sino como disciplina científica destinada al mejoramiento de la especie, previniéndola de las catástrofes que ocasionan su desaparición o su decadencia.

La Geografía y la Historia; la tierra y el hombre; el cosmos y espíritu, allí tenéis, señores, la más sólida y exacta base de una clasificación de todo conocimiento. El centro de estudio que se formó en nuestro continente para cultivar estas cardinales disciplinas, constituye un acierto en la defensa de la cultura americana. Los certámenes que propugna, como éste en que nos hallamos congregados, muestra un avance en la lucha contra nuestra ignorancia, un procedimiento acertado y lógico en la investigación del germen primario de las culturas aborígenes y una valoración imparcial de los hechos memorables de nuestra vida colectiva; toda una meritoria

labor, noble y desinteresada, universal y humana, ya que el estudio de los fenómenos sociales y físicos que recíprocamente se influyen, es inconmensurable contribución a la unidad de la ciencia.

Por más que América tenga caracteres casi idénticos en su geografía, en sus sistemas de montañas y altitudes, en sus regímenes y cuencas fluviales, en la magnitud y variedad de sus accidentes y hasta en la semejanza de sus macizos continentales, las tres grandes secciones de Norte, Centro y Sud América tienen caracteres genuinos.

Como Estados Unidos de América y México que fueron sede de las dos primeras asambleas, el Perú tiene el atractivo de su geografía y de su historia. Difícil es encontrar en el mundo país de contrastes naturales, accidentes geográficos y fenómenos tan extraños y variados como los que se ofrecen y producen en el Perú. Su territorio tiene la señal más pronunciada, en la Cordillera de los Andes, Espina dorsal de América que en el Perú se desdobra como un abanico gigantesco de granito, elevándose en varias secciones con cimas dentelladas que llegan a más de veinte mil pies sobre el nivel del mar, revestidas de nieves perpétuas o rotas sus cúspides por cráteres volcánicos. Los deshielos hacen nacer lagos y ríos de cauces tan extensos que el recorrido de sus aguas se cuenta por centenares de leguas. En las planicies de esas cordilleras que se forman con la unión de sus faldas, los deshielos forman imponentes mares mediterráneos. Las mesetas de Junín y Parinacochas los tienen tan pintorescos, y rodeados de flora y fauna tan singular y variada, que no los igualan los más ricos y bellos del mundo; la meseta del Collao extensa en 300 millas de largo y 100 de ancho, contiene el depósito de agua del Titicaca de 3,200 millas cuadradas; mar interior con islas, golfos y bahías, donde navegan grandes barcos, y que si se pudieran mirar desde el océano, parecería una de aquellas fantásticas visiones de misteriosos orbes que forman las nubes en el cielo.

Como esos lagos mares, los inmensos ríos peruanos forman cuencas; el rey de los fluviales, el Amazonas, tiene sus orígenes en una lagunilla humilde perdida en los picachos; en ella vierten sus lágrimas de cristal los nevados de Pasco, y corren las aguas, primero como torrentes y luego como ríos formando el Marañón; éste junta afluentes infinitos y en su meándrico trascurso va hacia el Norte; en el paralelo 10 de latitud sur, al tropezar con un macizo de los Andes dobla hacia el Oriente, para atravesar un estrecho de rocas que abrió el golpe de sus aguas en edades de una cronología de cifras astronómicas, pasando el pongo

llamado Manseriche avanza siempre el Este y se junta el Ucayali, el gigantesco gemelo del Marañón, de curso aún más amplio como que sus primeras aguas las recoge de la lejana Cordillera del Vilcanota en el paralelo 15. Difícil es hallar en los ríos del mundo márgenes más bellas que las que forman estos ríos gemelos, cuando se juntan en el pueblo de Nauta, generan al Amazonas, río cuyo nombre América ha sellado recordando la fogosidad de la brava raza indiana aureolada con un símbolo mitológico.

La cordillera de los Andes peruanos con sus tres inmensos ramales longitudinales deja paso a los ríos inmensos que la flanquean, no formando cañones abismales, como en el norte, el Colorado, sino valles paradisíacos que constituyen zonas de una riqueza vegetal que deja muy atrás a la variedad y rica exuberancia de las tierras tibetanas. Cordilleras y ríos en el centro del Perú, forman el gran macizo de la llamada Sierra, que tiene dos zonas de contraste; el Litoral del Pacífico o costa, en el poniente y la vasta región de los bosques orientales; y aquí está, señores, la fundamental estructura de la geografía peruana: una costa inmensa con la aridez de los desiertos y recortada por los oasis de unos pocos valles; una región andina de quebradas cálidas, planicies templadas y cumbres heladas, y detrás, la frondosidad de las pampas loretananas, que una tupida y lujuriosa vegetación y un ardiente clima, disputan al hombre y al animal el aprovechamiento de la tierra.

Otro fenómeno singular de esta tierra peruana es la falta de lluvias en la costa, que desértica por la ausencia de ríos, es la más necesitada de los dones que obsequian las nubes del cielo. La falta de lluvias en la costa ocasiona la enorme altitud de las montañas andinas, la elevada temperatura de sus estíos y los vientos alisios; éstos soplan del Atlántico en dirección occidental y cargados de vapores acuosos, descargando sus aguas en la región amazónica, llegan a las nevadas cumbres de los Andes y aquí pierden toda su humedad en virtud de gélidas temperaturas que allí reinan, llegando secos y frescos a la costa peruana del Pacífico. En el litoral desde el sur de Tumbes hasta Tacna, entre Junio y Abril, una densa niebla y una lluvia fina cubren y humedecen la atmósfera y el suelo.

Un medio así, de tan fuertes y rudos contrastes, ha podido hacer el país inhabitado o cuando menos ha podido dar ocasión a que se formen grupos humanos esporádicos, con las soluciones de continuidad motivadas por inaccesibles montañas, ríos invadables, áridos desiertos y climas mortíferos; sin embargo la acción del hombre dominando al medio ha realizado aquí el milagro asombroso de unificar la multiplicidad de los contrarios,

vencer la hostilidad de la naturaleza y formar, de gentes hurañas y apegadas a un régimen económico individualista y regional, un imperio del más fuerte y congruente tipo estatal y un sistema de economía colectivista como fué el poderoso de los Incas peruanos.

Para estos soberanos los contrastes de la naturaleza y la diversidad de las regiones no entraron en cuenta en su ideal de unificación. Toda la tierra fué madre benéfica. Bajo la acción del trabajo paciente, se torció el curso de los ríos para regar un páramo, se vació la laguna para destilar sus manantiales en un llano costeño, un acueducto recorrió la falda de los montes haciendo la fertilidad de sus bordes y llevando la vida a pampas desoladas; sobre los extensos llanos de los valles fértiles y humedecidos por las acequias y las lluvias, se elevaron ciudades que fueron pocas, para que la agricultura, que fué la base de la economía, aprovecharse la acción inmediata del hombre sobre las tierras y formase marcas pobladas por innúmeros ayllos. El ayllu fué la familia unida por dos vínculos, la sangre común y la tierra conquistada y adquirida con el trabajo fecundo. La ciudad fué la atalaya vigilante del Estado, desde la cual una severa administración rigió la vida individual; y colectiva y proyectó y llevó a cabo la expansión de la soberanía por las cuatro partes del mundo.

Se elevaron en la Sierra tres grandes ciudades; la Santa del Cusco, con el rango de Metrópoli; Cajamarca en la Sierra norteña que recibió de los Incas la confirmación de su señorío y Tumpampa, baluarte y base de una expansión que se proyectaba sobre las remotas tierras del septentrión, sueño de Huayna-Capac, trun- cado por la conquista.

El Cusco milenario y sagrado nos evoca una grandeza pretérita, sus muros ciclópeos, los restos de sus fortalezas y templos son símbolos de la majestad y prepotencia de la raza que los elevó. En esos vastos conglomerados de materia inerte donde la simetría se impone al desorden, se ha concentrado el esfuerzo colectivo, a la triste lucha del hombre contra la naturaleza indiferente, a ese batallar continuo con las fuerzas ciegas de la materia; al rudo combate para dominar los elementos, defenderse de las bestias y aplacar el hambre, sucede alguna vez que la energía cerebral del hombre le impone la alianza de la especie, y nace entonces la fuerza social germen fecundo del progreso humano. Cusco desmiente la barbarie y reivindicada para sus hijos la progenté del hombre civilizado. Hoy esa ciudad maravillosa y santa muéstrase como testimonio de una historia magnífica. Como un libro pétreo ofrece los sedimentos de las edades y de las culturas que se han sobrepuesto en la agitada vida huma-

na, durante milenios. Sus sepulcros guardan los restos de razas emigrantes y autóctonas, sus monumentos catalogan sistemas políticos y preocupaciones religiosas que se han compenetrado en una pseudo-mórfosis desconcertante. Evoca un pasado sublime ante el cual el hombre se abisma como ante la contemplación de los restos de la Roma cesárea o de Jerusalén la Santa. Tiene como las ciudades que han sido cuna de la cultura humana el privilegio de la eternidad. ¡Yo te saludo ciudad imperial por esta gloriosa soberanía desde la solemnidad de esta Asamblea!

Cajamarca fué por su situación geográfica, por la riqueza de su suelo y el carácter emprendedor de sus hijos, honrada, bajo el dominio de los Incas, con el rango de capital de las regiones pobladas del norte del Perú. Pudo convertirse, como el Cusco, en ciudad Metrópoli, pero de nuevo la conquista cortó la trayectoria de su expansión. Estaba destinada a ser tumba del Imperio. Ella cobijó al último representante del Tahuantinsuyo, fué escenario de la más grave de la felonías y uno de los más sublimes holocaustos. Dentro de la afinidad que guardan algunos memorables lugares. Cajamarca tiene algo de Capitolio y de Getzemani. Como Corinto, su incendio trágico mostró una patria muerta y una nacionalidad agonizante.

El destino quiso que allí dos grandes culturas jugaran al azar; haciendo del valor y el heroísmo que son virtudes, un contubernio espantoso en el fondo de las conciencias, pues se aliaron con la violencia y la avaricia que son crímenes. El cataclismo histórico que sobrevino como su consecuencia, tuvo una repercusión estupenda, fué el desplome de una civilización de ocho centurias fundamentada en principios antinaturales y peligrosos. Había aconsejado la confusión del individuo en el Estado, y al hundirse éste, sepultó a aquél. La nacionalidad dejó sólo un espectro: el indio; el Estado, un recuerdo trágico; la patria, un caso fragmentado, y la cultura imperial, sólo formas truncas. Tal, señores, el resultado de la violencia y de la fuerza.

Tumipampa la tercera gran ciudad del imperio que Huayna-Capac su fundador engrandeció y dotó con largueza, tras una guerra fratricida y la conquista española, desplazó su soberanía; y la influencia colonizadora llevada hacia el norte, convirtió en ruinas esta Palmira americana, cuyos suntuosos monumentos reconstruye, a base de fragmentos, la picota del arqueólogo. He aquí una visión somera del viejo Tahuantinsuyo, el Imperio de los Incas peruanos.

Oreó la sangre, desparramada a torrentes en la conquista, el efluvio vital de la cultura cristiana, que nos trajo España.

Bien librada queda ante la Historia la obra magna de su cultura. Evangelizó el Nuevo Mundo, elevando las conciencias al reconocimiento de su inviolabilidad y al concepto de la moral más pura. Sus acciones proclamaron la igualdad, al mezclarse con las razas aborígenes, no negándoles el privilegio de su sangre. Este sentido de humanidad es su mejor galardón, porque tuvo el más elevado y profundo concepto del derecho, definido y defendido por sus legisladores y sus reyes. Implantó, en sus dominios conquistados, la más pura y clara forma de la democracia con sus Cabildos, y dió cauce a las manifestaciones de la inteligencia con la riqueza y profundidad de su lengua.

Sobre los territorios del Imperio Incaico, España asentó el vasto Virreynato del Perú, pero desgaciadamente basó su colonización en los principios de una errada economía y una administración absurda, por su complejidad y lentitud. Surgieron entonces en este país como en el resto de las naciones de América Austral, descubiertas y conquistadas, las ciudades costaneras, con propensión al exterior, acercándose cada vez más al mar, con una sensación de escape o huída, como si los hombres que habían ganado tantas tierras y tantas gentes, tuvieran el presentimiento del ataque, ofreciéndose en ellas como huéspedes, más que como dueños. Se desplazó entonces el centro de la soberanía y de la administración de los Andes a las Costas. Los Andes que en su vasta zona serrana hiciera la grandeza del Imperio; los Andes que acostumbraron al hombre al trabajo perseverante y a la disciplina con la dominación de las fuerzas naturales, ya no alucinaron con sus perspectivas de infinita grandeza sino por el oro que encerraba sus entrañas o el dorado polvo que arrastraban sus ríos. La actividad y la vida se concentraron en las ciudades puertos, que cargaban naves exportando riquezas y recibiendo emigrantes. Es provechoso y fecundo este intercambio entre los pueblos cuando tiene el incentivo del beneficio basado en la igualdad del derecho, pero es pernicioso y estéril cuando se basa, como entonces, en el privilegio político y el egoísmo infecundo. El Perú fué con este sistema de singular economía, un ejemplar que ilustra el historiador y el sociólogo e imprime sello característico a este período de la Historia Americana.

Lima, centro de la potencia virreynal en Sud América fué también sede de centros de cultura. El Altar y el Trono se juntaron para establecer la estructura de sus academias. Nació aquí la más vieja Universidad de América. Sus claustros juntaron a los hombres eminentes que enseñaron en sus aulas a educadores, que diseminados por el vasto Virreynato, crearon universidades y centros de estudio, Córdova, Cochabamba, Santiago. El Imperial, Quito, Ríobamba en

el exterior; Cusco, Arequipa, Trujillo, Huánuco y Ayacucho en la jurisdicción del Virreynato peruano, tuvieron universidad, colegios y academias que todavía subsisten con el abolengo de su labor educadora y el recuerdo de sus eminentes fundadores y maestros.

La Historia peruana, señores, así como su Geografía es índice y compendio de la Geografía e Historia de América, las diferentes porciones que formaron el vasto Virreynato del Perú y que después han conseguido la autonomía impuesta por el valor de su suelo y la vitalidad e inteligencia de sus pobladores, tienen una hermandad asegurada en la tierra y en la sangre, vínculos profundos que no destruyen, sino crean; que no separan, sino juntan, ofreciendo la comunión de los espíritus; reflejo de la generosidad de la naturaleza, que, como madre común, nos regala con idénticos dones y hace de América una tierra de características físicas iguales y de comunes tradiciones, rica en fecundidad y en sublimes ideales, para ofrecerse como hogar de todos los hombres. Vive orgulloso el Perú, de haber sido muchas veces, teatro de esta fraternidad continental. Cuando sonó la hora de nuestra emancipación, el anhelo de constituir una patria autónoma, brotó en todos nuestros Cabildos que afloraban la soberanía comunicada por su esencia. En los azares de la lucha se confundieron nuestras armas en esas batallas decisivas de la libertad. Si hubo peruanos en los ejércitos de Artigas, en las huestes de San Martín que combatieron en Maipú, en los llanos de Pichincha, con Sucre y en la cuestas de Illimani con Castelli. ¡Que magnífica constelación de próceres se juntaron en el Perú con San Martín y Bolívar en esas memorables gestas del año 20 al 24 del pasado siglo, y cómo avivan nuestro americanismo los recuerdos de Junín, Ayacucho y el 2 de Mayo, lugares y fechas simbólicas en que se selló, indeleblemente con la sangre de nuestros próceres, la libertad, la autonomía y la confraternidad americana!

Digno pues y apropiado teatro para el estudio de la Geografía y la Historia de América es el Perú, y acertada la designación de Lima para la sede de esta Asamblea.

A vos, señor Presidente de la República debemos la satisfacción de reunirnos en este cenáculo para gozar de los placeres puros de la inteligencia al servicio de la verdad. Vuestro fervor por las nobles empresas que patentizan vuestro linaje de estadista y de maestro, ha estimulado los trabajos de quienes nos hemos dedicado a fomentarlos y llevarlos a su realización. El mérito de nuestra labor alcanzará, en primer término, al estadista que estimula la obra de quienes cultivan las ciencias mentoras y guías en el camino de la luz que persigue el hombre para su verdadera felicidad.

Señores Delegados: al saludaros en nombre de la Delegación Peruana, os agradezco vuestra contribución espléndida y variada en las disciplinas que fomenta el Instituto Panamericano de Geografía e Historia. El Perú se siente honrado con vuestra visita y Lima os ofrece su hospitalidad fraterna.



Biblioteca de Letras
«Jorge Puccinelli Converso»